

Presentación

Isabel Burdiel

La reina Isabel II fue el primer monarca español que accedió al trono despojada de las prerrogativas del poder absoluto que habían tenido sus antecesores dinásticos. Para que aquello ocurriera fue necesaria una guerra civil y una fractura crucial en las relaciones de poder heredadas del Antiguo Régimen. Su resultado político fue la configuración de un régimen liberal claramente antidemocrático, profundamente oligárquico y rígidamente censitario. En términos generales, un resultado similar puede observarse en la mayoría (si no en todos) los regímenes liberales surgidos del ciclo revolucionario europeo.

Los ensayos incluidos en este volumen no pierden de vista ese marco comparativo europeo, pero, al mismo tiempo, no se contentan con el generalismo (más o menos autocomplaciente) de estas afirmaciones previas y tratan de ofrecer respuestas concretas acerca de la especificidad del complejo entramado político del reinado isabelino. Desde sus diversas perspectivas y enfoques —que, como es evidente tras la mera lectura del índice, no pretenden agotar el período— comparten la voluntad de iluminar una doble transición. Por una parte, aquella que hace referencia a la ruptura liberal respecto a los modos de concebir y hacer la política bajo el principio (más o menos retórico) del poder absoluto del monarca. En segundo lugar, la que atiende al legado político de la era isabelina en la difícil transición (difícil en toda Europa) de una política de notables a una política de masas. En todos los artículos, la comparación respecto a lo sucedido en el resto de Europa occidental se entiende en los términos

que debe entenderse; es decir, evitando la homologación fácil, o la peculiarización axiomática, dentro de un proceso global compartido en cuanto a retos y soluciones posibles.

Así, la cuidada atención de Marcuello Benedicto al papel desempeñado por la Corona en la desnaturalización del parlamentarismo isabelino se ve completada y ampliada por la que María Cruz Romeo concede, en un artículo brillante, al lenguaje político de los dos grandes partidos del primer liberalismo, el moderado y el progresista. Lo mismo puede decirse del análisis realizado por Anna María Carda Rovira sobre el universo político del radicalismo catalán que permite valorar la vitalidad y las limitaciones de la penetración de la utopía liberal entre las clases populares. Por su parte, Jesús Millán ofrece una reconsideración del carlismo en la que, una vez más, el esfuerzo comparativo permite complejizar una visión estereotipadamente dicotómica entre las fuerzas de la reacción y de la revolución que constituyeron -juntas y en conflicto- el entramado político resultante de la ruptura liberal de los años treinta del siglo pasado. La lectura cruzada de estos cuatro ensayos permite entender, mucho mejor de lo que podíamos hacerlo hasta ahora, la variedad de las aspiraciones y de los proyectos que desembocaron en el inestable acomodo político de aquellos grupos de notables que patrimonializaron la política durante el resto del reinado de Isabel I/.

Respecto a este último aspecto, son reveladores los ensayos, bien distintos, de Justo Serna y Anacleto Pons, de Joan Serrallonga y de Gregorio de la Fuente. El primero de ellos aborda con decisión el poco transitado campo de la interrelación entre los elementos simbólicos, culturales y sociales, que constituyen el entramado profundo de toda práctica política. Un aspecto que los historiadores solemos separar, perdiéndonos en el camino la atmósfera real en que actuaban, se interesaban y competían políticamente los agentes sociales de la era isabelina. Joan Serrallonga se ocupa de la guerra de África desde una perspectiva que permite parafrasear y completar aquella célebre afirmación de Clausewitz de que «la guerra (y la política exterior) son la continuación de la política (y de la política interior) por otros medios». Gregorio de la Fuente ofrece una valoración, imprescindible en su detalle y en su rigor, de la continuidad del personal político isabelino tras la revolución de 1868; demostrando con ello que la quiebra de legitimidad monárquica afectó a prácticamente todos los grupos implicados en la fabricación y el sostén de una monarquía que acabó resultando inservible para los mismos que la habían creado como tal.

Presentación

Un tema este último que discuto al hilo de una propuesta (inacabada) de perfil biográfico de Isabel II centrado, prioritariamente, en los materiales culturales y en los efectos políticos de la imagen transmitida sobre la vida privada de la primera reina constitucional española. La trayectoria individual de aquella mujer que ha pasado a la historia como juguete de sus pasiones permite iluminar, desde un ángulo abandonado desde hace años a la chismografía histórica, la interpretación entre los ámbitos público y privado en la creación (o no) de mecanismos de legitimación política por lo que respecta a las nuevas monarquías liberales europeas. El comentario bibliográfico sobre la política en el reinado de Isabel II ofrece una guía muy informada y actualizada de la investigación actual y de las lecturas clásicas más relevantes, permitiendo destacar los vacíos que aún existen --que son muchos- y el valor que ha querido tener este volumen en la discusión de algunos de ellos.